

---

## **LA MODERNIZACIÓN DE LA PLANTA PRODUCTIVA Y LA REFORMA DEL ESTADO**

El viejo sueño liberal de Smith y de Ricardo de fundar el crecimiento de la economía de un país en su capacidad exportadora cobra nuevos bríos en el México de fin de siglo. Incrementar las exportaciones de productos manufacturados significa una doble ruptura para el país. El México de don Porfirio basó su exitoso crecimiento económico en un modelo de desarrollo agroexportador. Sin embargo, a partir de los años cuarenta el tipo de desarrollo que se buscó fue el de crecimiento industrial protegido y de crecimiento hacia adentro. A lo largo de un siglo se ha pretendido generar una clase empresarial que aproveche las oportunidades de capitalización privada que, no sin sobresaltos, el gobierno federal ha brindado para su consolidación como clase poderosa y pujante.

La crisis que el país soportó en los últimos veinte años, pero particularmente en los años ochenta, encontró en la propuesta de Carlos Salinas de Gortari una respuesta de tipo empresarial, ya que le asignó a esta clase la responsabilidad de sacar adelante el nuevo proyecto de crecimiento económico de México.

La pregunta es sencilla: ¿qué necesita México para desarrollarse?; la respuesta es igualmente sencilla: incrementar su producción. ¿Qué se necesita para

producir? Trabajo y capital. ¿Quién lo tiene? La clase empresarial. Luego entonces, la tarea gubernamental es convencer al empresario para que invierta y generar un ambiente propicio y estimulante para la inversión.

Ahora bien, si se produce, tiene que hacerse un volumen y calidad que permita abatir costos y competir con las producciones realizadas en otros lares. Abrir la economía para que fluyan los productos y los capitales regulados por la demanda y la oferta es la manera de lograr que la economía mexicana se beneficie por la inversión de capitales nacionales y foráneos, con lo cual, se generarán empleos y todo ello redundará en un crecimiento del tamaño de la economía nacional.

Modernizar la planta productiva del país significa abrirla a la competencia; significa, también, cambiar la tecnología obsoleta y sustituirla por una más eficiente; significa, igualmente, adecuar los sistemas administrativos y de comercialización a los imperantes en los centros metropolitanos.

Todo ello exige que el empresario se comprometa a que su inversión incremente la productividad, a ser eficiente y competitivo. En suma, a ser un empresario que a través de su actividad lucrativa beneficie a la sociedad al producir y generar empleos así como derrama económica.

¿Cómo estimular a los empresarios nacionales para que se conviertan en

verdaderos empresarios y no sólo en agiotistas del trabajador? La palabra mágica vuelve a ser la competencia. Sin embargo ¿cómo hacer que exista la competencia entre los empresarios si por definición los poseedores de capital son unos pocos? Sometiéndolos a la competencia internacional, de donde se desprende que los empresarios poco eficientes se depurarán, esto es, quebrarán, y sólo los más capaces, eficaces y, en suma los más modernos, lograrán sobrevivir.

¿Qué pasa con los trabajadores de las empresas que van a quebrar?, porque recordemos que la maquinaria más eficiente significa nuevas inversiones y no todas las empresas están en posibilidad de realizar tales reinversiones. Pues si las empresas quiebran, los trabajadores van al desempleo. Y ¿qué pasará con los trabajadores desplazados por las nuevas tecnologías? También irán al paro.

¿Cómo contrarrestar tanto desempleo? Ampliando las inversiones, diversificando la producción y los mercados. Todo ello redundará en una generación de empleos productivos y rentables. Sin embargo, la relación entre desempleo-productividad-estabilidad social e inversiones descansa, fundamentalmente, en el volumen de las inversiones que se realicen. Esto quiere decir que el proyecto del país del primer mundo al que se aspira desde el gobierno salinista descansa en las inversiones del empresariado. En otros términos, el éxito de la modernización de la planta productiva, así como el logro de una

economía sana y pujante tiene un actor principal: el empresariado.

La reforma del Estado es la tarea del gobierno para preparar el terreno social a las inversiones, pero los poseedores de capital son los que tienen la responsabilidad del buen logro de la economía nacional. Por ello, la reforma del Estado de Carlos Salinas de Gortari es el primer plan de gobierno en el México moderno que opta por hacer, del principal beneficiario, también el más grande responsable del éxito del país, asumiendo el gobierno un papel coadyuvador y otorgando al empresario la posibilidad de asumirse como la clase dirigente y además directamente responsable del buen camino del país.

La existencia del Pacto para la Estabilidad y el Crecimiento Económico (PECE) obliga a la corresponsabilidad, pero también otorga capacidad de decisión a los sectores involucrados y firmantes. La renegociación de la deuda externa libera recursos económicos que, junto con el diseño de la política económica del Gobierno Federal, hacen que el relanzamiento de la economía nacional dependa del flujo de las inversiones privadas. Menos Estado y más inversiones es la consigna de la reforma del Estado.

Esperemos que los empresarios no le fallen a Salinas, puesto que de ellos depende el futuro de la nación. La reforma del Estado y la modernización de la planta productiva mexicana son una apuesta al futuro, contando con las in-

versiones privadas como principal pivote de la futura dinámica social mexicana. Crucemos los dedos y esperemos que los empresarios estén dispuestos a enriquecerse con los recur-

sos del país y a generar empleos para la mayoría de los mexicanos. La apuesta está hecha.

*Alejandro Favela*